



¿Campaña sin contienda?

Política Nacional, 25/11/2011

Una campaña electoral es una contienda política y no una presentación conjunta de ofertas, y máxime si se trata de una campaña como la configurada para el 2012, en la que el poder establecido dispone sin escrúpulos de todos los recursos del Estado nacional, incluyendo el manejo discrecional de las reglas de juego.

Y una contienda política supone una lucha decidida entre los factores o candidatos que aspiran a ganar la posición en disputa. Si en una democracia que se respete de serlo, las contiendas electorales suelen ser duras, con más razón deben serlo cuando se trata de una democracia simulada o una neodictadura.

En este sentido, el señor Chávez no ahorra esfuerzos en desplegar un discurso y un proceder en extremo agresivo en contra de sus rivales, potenciales o efectivos. Comenzando, no faltaba más, por la consabida descalificación universal y personal. Así ha sido a lo largo de casi 13 años, y lo será todavía más en el tiempo que se avecina.

Pero algunos de éstos, al parecer, prefieren llevar adelante una estrategia de "proyección paralela", es decir, evitando o suavizando la confrontación directa, y más bien enfatizando los méritos y las promesas propias, sin demasiada referencia al contexto político-social en el que tiene lugar la referida campaña.

A veces, incluso, ciertos planteamientos del liderazgo opositor más visible, se asemejan a fórmulas de uso genérico en cualquier campaña de cualquier país en condiciones de normalidad democrática. Lo que desde luego no es el caso de la Venezuela presente, enjaulada como está por un proyecto de dominación hegemónica.

Ofrecer un programa para rescatar la educación o hacer más viviendas o equipar las policías o estimular las inversiones, es necesario y hasta vital; pero todo ello debe enmarcarse dentro del torbellino autoritario que corroe al Estado y aprisiona a la sociedad. De lo contrario, lo que se prometa parecería navegar en un limbo remoto.

No creo que el dejar de llamar a las cosas por su nombre sea una manera conveniente para forjar una alternativa creíble frente a la hegemonía imperante. Y tampoco que el centro de la campaña deba dejar de lado el tormentoso presente en aras de un futuro utópico.

Es obvio que cualquier campaña tiene que infundir esperanzas, y la esperanza no es otra cosa que la espera de bienes futuros. Eso, repito, es obvio. Pero también es indispensable que el deseo de lo posible se afinque en la realidad, porque de lo contrario la capacidad de persuadir no se fortalece sino que se resiente.

No hay que temerle a la polarización. Entre otras razones, porque ésta es connatural a la contienda, o sea a la campaña política. Pero una cosa es la polarización en los términos que coloca el oficialismo, que desde luego busca favorecerse, y otra distinta es la polarización en los términos que sean beneficiosos para la nación democrática.

El meollo de la contienda es ese y no otro: polarizar en las realidades que retratan la trágica realidad venezolana, y su agravamiento en el caso de continuar Chávez en el poder. Y claro, para lograrlo es necesario quererlo, plantearlo, difundirlo y batallararlo.

¿Campaña sin contienda? Ojalá y no sea así, porque se trataría de una calle ciega. Para que en verdad haya campaña con

alcance de triunfo, se precisa de contienda y contendor. Con empuje, coraje y decisión de jugársela de verdad verdad.